

Memoria del conflicto y la guerra en el Cementerio Central de Neiva (Huila): entre lo heroico y lo silenciado

*Eloísa Lamilla Guerrero**

En la mayoría de los Estados-nación, la guerra ha sido la encargada de la construcción de la historia oficial, ya que se tiende a recordar la huella de conflictos pasados y guerras presentes para exacerbar la memoria e identidad nacional (Sánchez, 2009, p. 18).

En el caso colombiano, este hecho ha sido determinante debido a la duración que ha tendido la confrontación, lo cual, según Uribe (s.f., p. 7), es un círculo vicioso que tiene más de cuarenta años. Durante este periodo hemos transitado por varias etapas en las que muchas veces las víctimas se convierten, con el tiempo, en victimarios de otros, complejizando las posibilidades de justicia y reparación que el país necesita.

* Antropóloga de la Universidad de los Andes, Colombia; magíster en Antropología Social de la misma institución. Actualmente es investigadora de la Fundación ERIGAIÉ, en donde desarrolla trabajos de identificación, valoración y pedagogía sobre el patrimonio cultural. Correo electrónico: elolamg@gmail.com

Por esta razón, en Colombia la guerra se ha convertido en una dimensión que atraviesa todos los campos de la vida diaria, debido a que muchas familias han tenido que padecer el desplazamiento por culpa de los enfrentamientos entre los distintos actores armados, los asesinatos y desapariciones de familiares, las amenazas, la incursión de nuevos jóvenes en los combates y un sinnúmero de problemáticas que continúan siendo reproducidas, pero pocas veces atendidas por el Estado (Pécaut, 2000). De igual manera, la muerte, que siempre ha sido entendida como un hecho natural, ahora es percibida como una presencia visible, permanente, rutinaria y, sobre todo, violenta:

Una de las cuestiones en la zona de guerra es la relativa a la confusión categorial y a la ambigüedad. Esta ambigüedad permite que la muerte prolifere como una epidemia. La ambigüedad, tanto de los generadores de muerte como los muertos mismos, es una condición del terror (Castillejo, 2000, p. 38).

Como consecuencia de todos estos años de guerra e intolerancia fratricida en los que se ha visto derramar tanta sangre, los camposantos colombianos se han convertido en los custodios de estas muertes y, por tanto, dan testimonio silencioso de ello. No obstante, bien podría afirmarse que Colombia es un cementerio en sí mismo, un territorio infestado por la muerte en cada uno de sus rincones, en sus selvas y montañas, en sus ríos y mares, en sus escuelas, iglesias y parques; un vasto cementerio que sigue creciendo y recibiendo nuevos muertos. Esto se debe a que abundan los casos en que los cuerpos son descuartizados y posteriormente abandonados en cualquier lugar, para evitar que sean encontrados, identificados y *ritualizados*, es decir, para impedir que los familiares puedan realizar los ritos que permiten hacer el duelo y despedir al difunto, para ubicarlo en un categoría distinta al mundo de los vivos. De tal manera, los actos de violencia que se producen con los cuerpos instauran un nuevo orden de sentido en el que el cuerpo deja de ser “un objeto social, dotado de historicidad como la sociedad y la

cultura de las cuales depende” (Blair, 2004, p. 43), para convertirse en un instrumento mensajero del horror, la crueldad y la deshumanización.

No obstante, algunas regiones del país se han visto más afectadas que otras, hasta el punto de que muchas comunidades han aprendido a “convivir” con lo que los expertos llaman “el conflicto interno colombiano” y con sus repercusiones, tales como la permanente presencia de actores armados (ejército, guerrilla, paramilitares) y las bandas criminales que últimamente se han intensificado. Concretamente, en el departamento del Huila los contextos históricos, geográficos, sociales y ambientales han convertido a la región en un escenario propicio para la incubación de agudos problemas, tales como el asentamiento del conflicto armado colombiano, la producción y tráfico de cultivos ilícitos y la sobreexplotación de recursos naturales, entre otros, creando un territorio marginado y estigmatizado como zona de permanente enfrentamiento.

A pesar de que en el Huila siempre se ha percibido este conflicto –aunque no necesariamente de manera evidente–, en los últimos años las oleadas de violencia rural y urbana han preocupado a las autoridades, hasta el punto de tener que aumentar el pie de fuerza y convocar a la comunidad para que alerte sobre cualquier situación que parezca sospechosa. Esta violencia que se percibe en todos los ámbitos de la cotidianidad huilense también se reproduce en los contextos de sacralidad como los cementerios, en donde se evidencian sus huellas y permanencias.

El presente texto quiere hacer una reflexión sobre la manera como se escenifican, materializan y manifiestan en el Cementerio Central de Neiva (Huila) los relatos, recuerdos y prácticas que construyen un tipo de memoria relacionada con la muerte violenta y el dolor que se reproducen a diario en nuestro país. Esto se debe a que el cementerio es un escenario simbólico que custodia una memoria relacionada con lo trascendente y lo sagrado; una memoria que está permanentemente ligada a la guerra y al conflicto colombiano en el que participan y se ven afectados múltiples actores

sociales. Como lo expresa Sánchez (2009), “la administración política de la memoria está asociada de manera determinante a la experiencia social y cultural de la guerra” (p. 19).

Las guerras internacionales, un mecanismo de orgullo regional y nacional

En los cementerios sobresalen monumentos de importancia en el ámbito nacional, porque rememoran a aquellos hombres que han participado en guerras internacionales. Estas tumbas immortalizan las guerras y conflictos de la nación, exaltando una “memoria de la guerra” que enorgullece y enaltece, es decir, que pretende ser recordada como símbolo patrio. Por esta razón, se hacen esculturas, tumbas o mausoleos y se ubican en espacios clave de los camposantos, para rendir homenajes y dejar una impronta espacial que impida que se olvide a aquellos combatientes considerados “héroes”, porque se asume que entregaron de manera desinteresada y valerosa su vida física y espiritual por la defensa y soberanía del territorio. Un ejemplo de ello es el Monumento a los Héroes Caídos en Acción en el Centro Administrativo Nacional (CAN), que se encuentra en la ciudad de Bogotá y su placa reza: “Colombia agradecida a sus héroes de todos los tiempos, caídos en defensa del suelo patrio, la libertad y el derecho. Los nombres de estos valientes los conoce Dios”.

En relación con este tipo de memoria, reconocida y conmemorada tanto a nivel local como a nivel nacional, se encuentra en la entrada principal del camposanto de Neiva el Mausoleo de Cándido Leguizamón Bonilla, cuyo epitafio informa: “Héroe y mártir huilense en el conflicto colombo-peruano (1932-1933)”.

El Conflicto Amazónico o la Guerra contra el Perú, como se le conoce, es recordada con orgullo por muchos colombianos y aún hoy se enseña en las escuelas, debido a que se asocia con un conflicto en el que Colombia defendió y ratificó su soberanía. A pesar de que este evento comenzó como

un malentendido en el que algunos peruanos descontentos se tomaron de manera violenta la ciudad de Leticia, posteriormente se asumió como un conflicto internacional, pues generó gran conmoción e indignación en los ciudadanos, debido a que los medios de comunicación y los dirigentes de turno denunciaron la presencia del Perú como un agravio sobre el territorio nacional. De esta manera, el hecho se presentó como una excusa para avivar los sentimientos de amor y entrega por la patria tanto en Colombia como en el Perú.

En la región huilense, el gobierno y la población encontraron en la guerra una oportunidad para tener mayor visibilidad en el ámbito nacional, pues era el único acceso que en ese momento existía para llegar al Amazonas. Siendo así, hubo un gran número de movilizaciones y campañas que demandaban inversión para realizar obras de infraestructura que facilitarían la conexión entre la capital, el Huila y la selva colombiana.

Por ello, no es casualidad que la guerra colombo-peruana permitiera el desarrollo y transformación del Huila, gracias a la construcción de vías de comunicación que facilitaron el transporte y activaron el comercio y la circulación de mercancías en la parte sur de la geografía nacional (Salas, 1996).

Por otra parte, a nivel local este acontecimiento también fue aprovechado para que se dieran a conocer los esfuerzos y la constante participación y colaboración de la población, enviando jóvenes soldados a luchar, recaudando fondos para subsidiar la guerra y haciendo movilizaciones que motivaran a que otros se unieran a la causa:

El conflicto con el Perú fue un problema eminentemente patriótico, es decir, una reacción encaminada a asegurar la integridad territorial de la patria tras la invasión peruana. Quienes engrosaron el Ejército, quienes contribuyeron con aportes económicos o motivando a la ciudadanía, quienes transportaron elementos a lomo de mula o construyeron parte de la carretera a Florencia o las instalaciones de esta localidad,

en fin, todas aquellas personas que cumplieron algún papel en este conflicto manifiestan haber actuado porque estaban convencidas de que la defensa de las fronteras y del territorio era una situación que requería de sus servicios (Salas, 1996, p. 299).

Entre los combatientes muertos más recordados y honrados están los huilenses Cándido Leguízamo Bonilla y Sósimo Suárez. El soldado Leguízamo nació en Neiva el 3 de octubre de 1911, y con apenas 21 años se enlistó en el Batallón de Infantería número 19, organizado para reconquistar el territorio ocupado por el Perú. Según narra el aviador alemán Helbert Boy (1955), Leguízamo fue herido por las tropas peruanas a orillas del Putumayo cuando se encontraba prestando servicio en la guarnición del Encanto, y aunque fue trasladado a Bogotá de urgencia, murió el 12 de abril de 1933 acompañado de una multitudinaria manifestación de ciudadanos.

Este joven es el símbolo de la participación del hombre huilense en las guerras y conflictos internacionales, y hoy en día su monumento materializa uno de los íconos más comunes que se exaltan a diario en el mundo entero: el de los soldados que mueren en millares de guerras por la patria.

Su monumento es una plataforma-nave sobre la que reposan un casco y un fusil, acompañados de un mural, y encima de este se localizan cinco banderas izadas. El mural busca retratar de manera secuencial cómo se asume que murió el joven soldado y lo que se aspira que haya sucedido después de su muerte. En un costado, la imagen recrea la batalla entre varios combatientes colombianos y peruanos a orillas del río Amazonas; en el otro lado se muestra un soldado herido arrojado con la bandera tricolor, cargado por sus compañeros, delante de la imagen de Jesucristo vestido de blanco, con dos palomas alrededor (figura 1).

Figura 1. Mausoleo de Cándido Leguízamo Bonilla, Cementerio Central, Huila.



Fuente: autora

El mural busca conmemorar, exaltar y cimentar el patriotismo, al igual que reproducir los valores de una Colombia imaginada, pues comunica tres elementos clave: 1. La creación y reproducción de símbolos patrios como formas de identidad y unión nacional: las banderas institucionales, el río limítrofe del Amazonas, los uniformes militares; 2. La representación de un territorio-paisaje agreste, salvaje y peligroso, en el que se pone en riesgo la vida, debido a las condiciones naturales y a los enemigos que están al acecho, pero que aún así los soldados colombianos enfrentan con valentía y coraje; 3. La imagen de Jesucristo como símbolo de la alianza entre patria y religión. En este sentido, la presencia de este ícono católico personifica la idea de los soldados como nuevos mártires, al entregar su vida –siguiendo el ejemplo de Jesús– por “todos nosotros”, los *hijos* de la patria.

Debido a que esta guerra fue tan significativa tanto en el ámbito local como en el ámbito nacional, en el Huila se recuerda con gran orgullo el papel que tuvo este personaje. Actualmente, uno de los barrios de la ciudad de Neiva

se llama Cándido Leguízamo; en consonancia, Puerto Leguízamo, el antiguo puerto de Caucayá, en un municipio del departamento de Putumayo, también lleva su nombre en honor y en memoria de este prócer nacional. De esta manera, Leguízamo representa el ideal del soldado, el cual, se asume, debe servir como ejemplo y guía de la población civil (Forero, 2011).

Convertido en gloriosa imagen, el personaje comparte la simbolización de determinados valores y normas de la patria y la nación. Erigido en un ideal del yo, el personaje adviene en su imagen como un objeto de identificación social. La identificación simbólica con dicha imagen constituye uno de los fundamentos de la identidad de los ciudadanos (Zambrano, 1997, p. 146).

Durante décadas su mausoleo ha sido utilizado por la Fuerza Pública, en fechas especiales, para honrar la memoria de los soldados caídos en combate. No obstante, en los primeros años de la muerte de Leguízamo también fue objeto de culto por parte de personas, principalmente madres, que tenían familiares en zonas de guerra. Esta práctica fue reemplazada para dirigirla hacia las tumbas de los propios hijos.

El anonimato de los jóvenes combatientes

“Las muertes en combate o resultado de la confrontación política son incalculables en el conflicto armado colombiano” (Blair, 2004, pp. 31-32). Durante los conflictos de los últimos años en el país, el Huila ha perdido muchos adolescentes y jóvenes integrantes de la Fuerza Pública y de la Fuerza Armada, la mayoría muertos en combate. Sin embargo, su reconocimiento y exaltación en el cementerio no es tan evidente por parte del Estado-nación ni por las instituciones militares, ya que estos jóvenes combatientes se convierten rápidamente en cifras que justifican las incalculables inversiones que hacen los gobiernos, además de configurarse como “prueba” de la lucha por alcanzar la paz. Siguiendo a Blair (2004, p. 38),

a pesar de que la condición misma de estos combatientes hace pensar que tanto ellos como sus familias están preparados para enfrentar la muerte; no obstante, la experiencia es igualmente dolorosa y, por tanto, deben seguir siendo considerados “víctimas del dolor” que necesitan procesos de elaboración del duelo y expiación del sufrimiento.

De esta manera, son las familias y seres queridos de estos soldados anónimos los que se resisten a dejarlos caer en el olvido; por ello, se encargan de reconfigurar social y simbólicamente sus historias, a través de la organización de tumbas y lápidas cargadas de marcas, signos y emblemas, con los cuales pretenden rendir homenajes póstumos y conmemorar la vida y muerte de estos soldados, para eternizarlos también como “héroes de la patria”.

Es frecuente encontrar tumbas dispersas por diferentes zonas del Cementerio Central de Neiva, que tienen emotivos mensajes de agradecimiento y orgullo de aquellas madres que sufren la pérdida de sus hijos; fotografías de jóvenes soldados portando sus uniformes militares; pertenencias de los difuntos, como escapularios y manillas; escudos, banderas, camuflados y cambuches que decoran las lápidas y hacen pensar que muchos de ellos, aun después de muertos, siguen en combate (figuras 2 y 3). Asimismo, es posible descubrir estampitas de dibujos animados, juguetes, balones y adornos de equipos de fútbol, debido a que muchos de estos soldados todavía eran muy jóvenes cuando murieron, pues recién habían cumplido la mayoría de edad.

Figura 2. Tumba de Reynel Herrera, soldado de contraguerrilla



Fuente: autora

Epitafio: “Aquí descansa un soldado que con honor, su vida por la patria brindó, lealtad, valor, sacrificio. Rdo. de sus compañeros opitas y vallunos, 5/87”.

El tiempo y la dedicación que se le invierte a la decoración de estas tumbas sirven como una estrategia de duelo y catarsis, a la vez que tienen la función de engalanar y embellecer, según los gustos y oficios de cada uno de los difuntos, esa nueva morada por donde a diario transitan las personas. Y así, las familias intentan recrear espacios para rememorar a su muerto y encontrarse con este, en donde les es permitido el llanto y el dolor y se construyen relatos a partir de los cuales se enaltece la labor de estos soldados anónimos tanto en su rol heroico como en su lugar de víctimas, porque se asume que salvaron la patria a la vez que murieron por ella (Jelin, 2002, p. 77). De esta manera, la tragedia que enluta a todo el país se justifica y reproduce a diario, siendo una memoria del dolor y el conflicto a la que nos hemos acostumbrado:

La nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal. En última instancia, es esa fraternidad la que ha permitido, durante los últimos dos siglos, que tantos millones de personas maten y, sobre todo, estén dispuestos a morir por imaginaciones tan limitadas (Anderson, 1993, p. 25).

Figura 3. Tumba de Alexander Ortiz García, soldado colombiano caído en combate



Fuente: autora

Los sin nombre: una estrategia de silencio y ausencia

Para muchas otras familias colombianas, el suplicio de la guerra no se detiene con la muerte de un ser querido, ya que además deben afrontar la falta de identificación o la desaparición de los cuerpos, lo que les impide llevar a cabo los ritos funerarios necesarios para lidiar con la pérdida: el duelo, el entierro, el luto y la visita a su difunto. Esta ausencia del cuerpo ubica al desaparecido en un espacio de ambigüedad, porque no existe ninguna categoría socialmente establecida para nombrarlo, debido a que no se tiene la certeza de que esté vivo o muerto (Moranense, 2009).

En muchos casos, la ausencia del cuerpo y la falta de evidencias de la muerte hicieron que el proceso quedara suspendido en un estado de liminalidad forzada. El rito queda sin concluir, de modo que la noción de desaparecido remite a la idea de suspensión: no se es, aunque se está por ser. El desaparecido que es a la vez un muerto, un vivo o no es ni muerto ni vivo nunca llega a integrarse en el mundo de los muertos. En paralelo, los deudos dificultosamente logran reintegrarse en la vida social, restableciendo el vínculo quebrantado (Panizo, 2011, p. 24).

A causa del gran número de muertos que ha dejado el conflicto actual en todo el territorio colombiano, la legislación ha decretado que “todo cementerio deberá contar con un área para la disposición final de cadáveres no identificados o sus restos, con el fin de garantizar su ubicación oportuna”¹. Esta política busca evitar la exhumación de cadáveres sin identificar en fosas comunes, práctica frecuente que se realiza con los cuerpos de presuntos guerrilleros, delincuentes, falsos positivos y en algunos casos víctimas de masacres y desapariciones forzadas, después de despojarlos de todas sus vestiduras. Con ello, se espera lograr el trato digno y humano que merecen todos los individuos sin excepción alguna, para luego iniciar la reparación de las víctimas y la reconstrucción histórica de los hechos, algo que solo sería viable en la medida en que estos muertos anónimos puedan ser identificados y, en lo posible, se conozcan las circunstancias de sus decesos (Blair, 2004).

Por este motivo, el Cementerio Central de Neiva cuenta con un pabellón exclusivo para las tumbas de personas desaparecidas o sin identificar. Este Mausoleo para los N.N. fue construido en el 2009 y actualmente cuenta con 140 bóvedas, de las cuales se encuentran ocupadas 86 de ellas (figura 4).

1 Uno de los principales promotores de estas nuevas disposiciones de políticas públicas fue el Equipo Colombiano Interdisciplinario de Trabajo Forense y Asistencia Psicosocial (Equitas), “organización científica y humanitaria que brinda a las familias víctimas de violaciones graves, masivas o sistemáticas de los derechos humanos y en conflictos armados contribuciones científicas e independientes para el avance de sus casos, además de empoderarlas y acompañarlas durante este proceso” (Equitas, 2009).

El mausoleo está ubicado en uno de los límites del cementerio; sin embargo, muchos visitantes desconocen su existencia o lo asocian a un lugar desagradable, que emana malos olores y por el que no está bien visto transitar.

Figura 4. Mausoleo de los N.N. en el Cementerio Central de Neiva



Fuente: autora

A pesar de esta percepción negativa que tienen los ciudadanos, el mausoleo ha permitido configurar un espacio físico y simbólico que dota de sentido a aquellos muertos *sin identidad*, para traerlos del olvido a la existencia social (Castillejo, 2009). Con ello se da la posibilidad a las familias de encontrar a sus desaparecidos y ubicarlos en un lugar específico, lo que les permite reactivar las esperanzas de conocer la verdad, hacer justicia y, eventualmente, llevar sus restos, para hacer los rituales correspondientes que mitiguen el dolor y acaben con la zozobra de la búsqueda.

El hecho de que el cuerpo del desaparecido sea encontrado, salga a la luz, represente la muerte y pueda ser colocado donde le corresponde estar puede implicar también un acto de limpieza, pureza de la tortura, regreso a un orden anterior (Panizo, 2011, p. 34).

A falta de nombres y apellidos para colocar en las lápidas, las tumbas de este mausoleo son marcadas con un número de protocolo único, que busca facilitar la información sobre la autopsia y la exhumación de cada uno de los casos. No obstante, es común encontrar flores en algunas tumbas y nombres escritos sobre el cemento fresco, ya que algunos dolientes saben que allí está su muerto, pero no reclaman sus restos porque temen las represalias de la sociedad y del Estado. A su vez, es común que algunas personas creyentes en la intervención milagrosa de las ánimas, principalmente los loteros, visiten y cuiden las tumbas de este mausoleo, con la esperanza de obtener beneficios de estas almas olvidadas.

Si bien este mausoleo de los N.N. es también una memoria del dolor del conflicto y la guerra, su presencia es invisibilizada, silenciada y no se le da el valor que merece en el ámbito público. Por el contrario, se asocia con una *memoria* que se debe ocultar y olvidar, porque hace referencia a aquellas personas tildadas como “antagónicas de la nación” o, peor aún, porque da testimonio de las víctimas a las que el Estado no quiere nombrar, reconocer, ni reparar. Siendo así, las tumbas son marginadas, olvidadas y se convierten en innombrables, en N.N. que pocas personas visitan y mucho menos se preguntan por sus historias; por su parte, aquellos familiares que las visitan, lo hacen de manera clandestina.

De esta manera, la esencia de la guerra está en reproducir silencios de aquellos que dan testimonio de otro tipo de memoria distinta a la militar y patriótica, convirtiéndola en una memoria ausente. “La presencia se trunca en ausencia; con ella, el ser se vuelve no ser” (Thomas, 1983, p. 8).

Consideraciones finales

En Colombia, debido a las condiciones que perpetúan el conflicto armado, existe una reproducción y normalización de la violencia en todos los ámbitos de la vida diaria. Así, en los cementerios se evidencia la permanente presencia de la muerte violenta tanto de combatientes de diferentes

bandos como también de otros hombres, mujeres y niños miembros de la sociedad civil, que engrosan el interminable número de víctimas de esta guerra interna.

Por esta razón, el Cementerio Central de Neiva, al estar ubicado en una zona de fuego y presencia de combate, acoge los restos de soldados y policías, pero también de las víctimas y otros actores armados que dan cuenta de una memoria del conflicto y de la guerra que el país vive desde hace décadas.

No obstante, existe una jerarquización en la ubicación y estética de las tumbas, al igual que de las historias de vida y muerte, los recuerdos y olvidos, las prácticas sociales que se entretienen alrededor de estos difuntos. Esta diferenciación busca inmortalizar la memoria de los pertenecientes a la Fuerza Pública, la cual conmemora y enaltece la muerte en tanto sea en pro de la patria, mientras se oculta a los oprimidos y afectados por la guerra, porque se asume que no merecen ser parte de esta memoria colectiva. Con ello pareciese tratar de indicarse que matar y morir en combate y por la patria es un acto heroico que merece seguir siendo reproducido, sin importar las consecuencias. “En Colombia, donde ‘el pasado no pasa’ porque la guerra no termina, el culto a la memoria es mucho más ambiguo” (Sánchez, 2009, p. 17).

En ese afán por recordar eventos como las guerras internacionales y los conflictos internos, que producen orgullo y promueven el patriotismo ferviente y radical, se termina por abusar de cierto tipo de memoria que se impone desde el poder (Todorov, 2008) y se niega la recuperación de relatos de ese mismo pasado, de aquellos personajes que por sus ideas se opusieron a las ideologías dominantes, las cuales también deben hacer parte de los discursos oficiales.

Así, cada día se continúa cavando una gran brecha entre la memoria de los soldados y policías que pertenecen a la fuerza pública –memoria que se considera heroica– y la memoria oculta y silenciada de las víctimas y de los bandos contrarios y opositores del Estado-nación. En Colombia “se honra

a los que se matan” (Ferro, 2011), pero solo a aquellos que se considera que murieron por la patria:

Hay una memoria reconocida como celebración y exaltación del pasado, la de los monumentos, los mausoleos, los carteles, los templos y las conmemoraciones, pero hay también otra que solo reconocemos como trauma, como duelo, como desagravio... memoria de ausencias, de vacíos. Es el duelo suspendido por el desaparecido o el secuestrado; el duelo no consumado de cadáveres insepultos; la memoria mutilada del desplazado al que se le arrebató su pasado, el sentido de su experiencia personal y su pertenencia colectiva para irse arrojado a un no-lugar en el cual no puede dejar adivinar su identidad, su historia (Sánchez, 2000, p. 22).

Referencias

- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Blair, E. (2004). *Muertes violentas. La teatralización del exceso*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Boy, H. (1955). *Una historia con alas*. Madrid: Guadarrama.
- Castillejo, A. (2000). *Poética de lo otro. Antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia*. Bogotá: Colciencias - Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Castillejo, A. (2009). *Los archivos del dolor: ensayos sobre la violencia y el recuerdo en la Sudáfrica contemporánea*. Bogotá: Universidad de los Andes, Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales.
- Equipo Colombiano Interdisciplinario de Trabajo Forense y Asistencia Psicosocial (Equitas) (2009, 25 de septiembre). Recomendaciones de bue-

nas prácticas para el manejo de cuerpos sin identificar en cementerios de Colombia. Recuperado de <http://www.equitas.org.co/docs/3.pdf>

Ferro Medina, G. (2011, 15 de enero). Comunicación personal.

Forero, A. M. (2011, 5-7 de abril). Conflicto, imaginación y memoria: la recomposición de la identidad nacional en las narraciones del ejército colombiano. I Encuentro Internacional de Estudios Críticos de las Transiciones Políticas: Violencia, Sociedad y Memoria. Bogotá: Universidad de los Andes.

Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.

Moranense, L. (2009). Baldosas por la memoria. Una experiencia de autogestión y participación vecinal. X Encuentro Iberoamericano de Valoración y Gestión de Cementerios Patrimoniales: Memoria, Memoriales y Memorables. Medellín.

Panizo, L. (2011). Cuerpos desaparecidos. La ubicación ritual de la muerte desatendida. En Hidalgo, C. *Etnografías de la muerte. Rituales, desapariciones, VIH/SIDA y resignificación de la vida* (pp. 17-39). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Pécaut, D. (2000). Las configuraciones del espacio, el tiempo y la subjetividad en un contexto de terror: el caso colombiano. *Revista Colombiana de Antropología*, 35, 8-35. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

Salas Vargas, R. (1996). El Huila frente al conflicto amazónico. En Tovar Zambrano, B., González, G. y Castro, G. *Historia general del Huila* (tomo II, pp. 249-296). Neiva: Instituto Huilense de Cultura, Fondo de Autores Huilenses, Gobernación del Departamento del Huila y Academia Huilense de Historia.

Sánchez, G. (2009). *Guerras, memoria e historia*. Medellín: La Carreta.

- Sánchez, G. y Meertens, D. (2000). Memoria, museo y nación. En Willis, E. y Sánchez, G. *Museo, memoria y nación*. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia.
- Thomas, L. V. (1983). *Antropología de la muerte*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Todorov, T. (2008). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Tovar Zambrano, B. (1997). Porque los muertos mandan. En Ortiz Sarmiento, C. M. y Tovar Zambrano, B. *Pensar el pasado* (pp. 125-169). Bogotá: Archivo General de la Nación - Universidad Nacional de Colombia.
- Uribe, M. V. (s.f.). *Pertinencia de la verdad en un escenario de guerra como el colombiano*. Recuperado de http://www.derechoshumanosypaz.org/pdf/verdad_maria-victoria-uribe.pdf